



HOMENAJE DE COSUR A LA ARMADA DE CHILE

Con un significativo aumento en la cantidad de adherentes la Corporación realizó, el lunes 27 de mayo, su almuerzo de homenaje anual a la Armada de Chile sobre la cubierta del Buque Madre de El Caleuche. El Comandante en Jefe de la Armada estuvo representado por el Auditor General de la institución, Contraalmirante de Justicia Sr. Cristián ARAYA Escobar. Su comitiva la integraron el Comandante General del Cuerpo de Infantería de Marina, Contraalmirante Infante de Marina Sr. Pedro ABREGO Martínez; el Capitán de Navío del Litoral Sr. Oscar ORTIZ Cisternas, Subdirector de la Dirección de Intereses Marítimos y Medio Ambiente Acuático; el Capitán de Navío de Abastecimiento Sr. Oscar PEÑA Rojas, Subdirector de la Dirección General de Abastecimiento de la Armada; y el Capitán de Navío Sr. Lars CHRISTIANSEN Pescio, Jefe de la División Coordinación Operaciones Antártica del Estado Mayor General de la Armada.





Discurso de Cosur Chile

A nombre de la Corporación nuestro presidente, Coronel de Ejército Sr. Nelson Cabezas Flores, dirigió a los participantes las siguientes palabras:

Transcurridos ciento cuarenta años de los combates de Iquique y Punta Gruesa un 21 de mayo de 1879, aún es posible descubrir nuevas facetas entre tantas versiones que han dado cuenta de la titánica lucha de Prat y sus camaradas frente al Huáscar; de la habilidad marinera de Condell y su tripulación, para derrotar a la Independencia; o de la manera como estos hechos y la Armada de Chile se han ido haciendo parte del orgullo nacional, en sucesivas generaciones de chilenos.

Nuestra corporación ha abrazado desde sus orígenes la colaboración con las fuerzas armadas y, en los últimos años, a través de los objetivos de contribuir a preservar los valores nacionales y promover la profesión militar, desde esa perspectiva y en la óptica conjunta de quiénes hemos servido en esas tres instituciones fundamentales para el país, me referiré de manera sucinta al recuerdo emocionado y referente que nos convoca:

El parte del Jefe del Estado Mayor del Ejército Peruano del Sur, coronel, don Antonio Benavides, describe fríamente los hechos, ese mismo 21 de mayo, en una y media carilla. No obstante, destaca con mayúsculas el epílogo de la homérica acción naval cuando señala:

“...entonces el Huáscar a toda máquina se fue sobre ella, y después de un rudo choque la echó a pique a las 11,40 a.m. sucumbiendo HEROICAMENTE con sus tripulantes”, agregando a renglón seguido, “indescriptible, es, señor general el entusiasmo y decisión que tanto la fuerza de línea como los guardias nacionales han manifestado al presenciar este COMBATE NAVAL QUE HARÁ ÉPOCA EN LOS ANALES DE LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA”.

Las palabras de un militar de alto rango, adversario de Chile en la Guerra del Pacífico, es un testimonio más que elocuente del por qué los hechos bélicos de aquel 21 de mayo se han hecho carne de valores nacionales que, nuestros padres y profesores, nos han entregado como un precioso don desde la más tierna infancia.



De allí entonces, surge una legítima preocupación cuando se constata que cada día más la posesión de bienes materiales tiende a postergar el cultivo de los bienes del espíritu, que las historias fantásticas y sus personajes, son más que las vidas heroicas de quienes hicieron posible ser lo que hoy somos. por ello, no debemos descuidar la enseñanza profunda y lúdica de nuestra historia, para que vaya nutriendo el alma de niños y jóvenes. por eso aplaudimos emocionados cuando en la educación preescolar se representan los personajes heroicos y también especialmente en regiones las bandas de guerra juveniles desfilan con marcialidad y orgullo portando nuestra invicta bandera.

Otro testimonio cercano del combate de Iquique lo entrega, un año más tarde el ingeniero civil chileno de 29 años, Juan Agustín Cabrera Gacitúa, embarcado circunstancialmente en la esmeralda por su tarea de reparar el cable submarino, quién fue rescatado del mar y hecho prisionero junto a los otros tripulantes de la gloriosa corbeta esmeralda.

De su extenso relato, que bien vale la pena leer con silente admiración, hemos escogido algunos párrafos que revelan la madurez del ejercicio de la profesión naval. La mirada de Juan Agustín Cabrera nos revela la actitud del comandante de la Esmeralda, previa a su arenga

"...estaba de pie en su puesto de honor. su fisonomía revelaba la calma del que estaba resuelto a cumplir con su deber, cualesquiera que sean las circunstancias en que la fortuna lo coloque..."

Así es como en tan cruciales momentos entrega una misión imposible que debe ser asumida por todos: "muchachos: la contienda es desigual; pero ánimo i valor, hasta el presente ningún buque chileno ha arriado jamás su bandera. espero pues, que no sea esta la ocasión de hacerlo. por mi parte os aseguro que mientras viva tal cosa no sucederá, i después que yo falte quedan mis oficiales, que sabrán cumplir con su deber. ¡¡Viva Chile!!"

Cabrera nos describe también cómo la tripulación percibió su mensaje: "...estas últimas palabras las pronunció sacándose la gorra, i el entusiasmo que produjeron fue indescriptible. la tripulación entera tiraba al aire sus gorras haciendo resonar con la repetición de ese grandioso ¡¡Viva Chile!! en aquella bahía triste i silenciosa poco há. En el timbre de la voz con que pronunció su arenga se advertía perfectamente la tranquilidad con que había tomado su resolución. Su aire era arrogante, su voz entera i su rostro estaba más bien encendido que pálido."



El heroísmo demostrado por la totalidad de la tripulación que sucumbió en la rada de Iquique y la habilidad de aquella que tripulaba la Covadonga, al mando del capitán Carlos Condell logró una aplastante e increíble victoria en Punta Gruesa, son tributarios de una tradición naval ejemplar, anclada profesionalmente desde nuestra independencia por sus fundadores, Blanco Encalada y Cochrane. Posteriormente refrendada, entre muchos otros, por García del Postigo; por los almirantes Lynch, Riveros y Jorge Montt; por el Piloto Pardo; por el cabo Odger y el marinero Fuentealba; por el recordado Almirante José Toribio Merino y por quiénes, en la marina de guerra de este siglo, han jurado ofrendar sus vidas por la Patria y cumplen su diario deber con abnegación, eficiencia y disciplina.

El espartano sacrificio del capitán Prat y sus hombres, que cual Leónidas rindió su vida en aras de su Patria, no fue en vano, ya que su ejemplo remeció las mentes y corazones del pueblo de Chile de la época, que aún no tomaba real conciencia de la guerra que en el lejano desierto y mar del norte, se había desatado meses atrás y generó una explosión de patriotismo y chilenidad, que contribuyó mágicamente a hacer popular la guerra y por ende multiplicar los voluntarios que coparon los cuarteles y lugares de reclutamiento, haciendo que el ejército expedicionario creciera de 2.500 a 25.000 tropas; hecho que permitió después de la victoria naval de punta gruesa un 8 octubre 1879 con la captura del Huáscar, lograr el esperado y estratégico dominio del mar y la consecuente prosecución y escalada triunfal de las operaciones bélicas, en que con perfecta simbiosis la Armada y el Ejército de Chile, tejieron sucesivas operaciones anfibias Pisagua en la campaña de Tarapacá; Ilo y Pacocha en la campaña de Tacna y Arica; Paracas, Pisco, Curacayo y Chilca en la campaña de Lima, cuyo máximo logro con las victorias de Chorrillos y Miraflores, permiten que el glorioso ejército de Chile, entrara a Lima un 17 de enero de 1881 y, por tercera vez, flameara el tricolor chileno en el palacio de los virreyes del Perú, magnífico corolario de las operaciones conjuntas de nuestra Armada y Ejército, impulsadas e iluminadas por el legendario ejemplo del capitán Prat y su inmortal tripulación.

La profesionalidad de los hombres de mar es una reserva del sentido común, que no sólo constituye un legado para la gente de nuestra armada, sino que se ha proyectado en gestas notables de nuestro Ejército, como la de Arica y los héroes de La Concepción, en los mártires de la Fuerza Aérea y de Carabineros, que se manifestó de la misma forma en las crisis vividas por nuestra patria en el siglo XX, en 1920, 1929 y especialmente en 1973,



1975 y el inolvidable 1978, periodo en que nuestra patria vivió momentos cruciales para su existencia, en todas las cuales participó la generación de los viejos soldados, marinos y aviadores aquí presentes, que nos demostró que miles de chilenos con el corazón bien puesto son capaces de postergar sus intereses personales por el bien común nacional.

Distinguidos invitados, socios y amigos de Cosur, quiera Dios que después de esta grata convocatoria regresemos al calor del hogar con el corazón henchido de legítimo orgullo por las fuerzas armadas en las cuales tuvimos el privilegio de servir y también con la irrenunciable tarea de transmitir incansablemente a nuestras familias, amistades y especialmente a los camaradas de armas que nos han sucedido en nuestros puestos, la lección del capitán Prat y su inmortal tripulación, de que en todo momento la Patria está primero.

Agradecimiento de la Armada

El contraalmirante señor Cristián Araya pronunció el siguiente discurso de agradecimiento al homenaje de Cosur Chile

Constituye para mí un verdadero honor que el Comandante en Jefe de la Armada, Almirante don Julio Leiva Molina, me haya designado para abordar en su representación este Buque Madre de "El Caleuche", donde hoy día se reúnen tantos Oficiales Superiores en Retiro de nuestras Fuerzas Armadas, para rendir una vez más un homenaje a las Glorias Navales de Chile, personificadas –sin duda alguna- en la persona del Héroe más formidable que las aguas del Pacífico hayan conocido.

Agradezco sinceramente, de todo corazón, a todos cuantos asisten hoy día a este encuentro tan emotivo para mi Institución y les garantizo que la Armada de Chile navega con rumbo siempre igual tras la estela de Arturo Prat.

Arturo Prat nos inspira año tras año, día tras día, hora tras hora, para cumplir el destino marítimo de nuestra Patria y para mantener la constante búsqueda de su grandeza y prosperidad a través del mar. Y quiero expresarles que ese espíritu se mantiene vivo y crece a lo largo de todo nuestro ancho mar, gracias a personas como Ustedes, que vistieron orgullosos el uniforme de oficiales superiores de nuestras Fuerzas Armadas y que hoy día, a pesar del paso de los años -siempre acompañado de algunos dolores-, comparecen una vez más en esta mítica nave, para



recordar la hazaña imperecedera de Prat y sus hombres, quienes rindieron la vida por la Patria en cumplimiento al mismo juramento que, cada uno de nosotros, hizo en la lejana juventud, al iniciar nuestras vidas en el noble servicio de las armas.

Como nos dice Cervantes en boca del Quijote, las armas exigen no sólo un trabajo del cuerpo, sino que –al igual que las letras– también comportan un trabajo del entendimiento.

Quisiera reproducir aquí un trozo del discurso que el Quijote pronunciara sobre las letras y las armas:

“(…) dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas. (...) A esto responden las armas que las leyes no se podrían sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios, y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y la confusión que trae consigo la guerra”.

Pues bien, Prat era marino y abogado, y fundió las letras y las armas para siempre en la cultura de Chile...

Hecha esta prevención inicial, que me enorgullece como abogado, quisiera dirigirme a Ustedes para agradecer esta tan amable invitación.

Confieso que cuando recibí el encargo para asistir a esta reunión, no conocía a COSUR, así que llamé a vuestro presidente el coronel don Nelson Cabezas Flores, para informarme de vuestra identidad.

Percibí inmediatamente en su tono afectuoso el estupendo ánimo para la realización de esta ceremonia y me contó que a todos Ustedes los inunda un profundo espíritu caleuchano y que por ello acuden habitualmente a este Buque Madre a sentir el vaivén de las olas y la brisa marina, aunque esta nave se encuentre fondeada tan lejos de la costa entre los riscos de la cordillera.

Es por ello que he sentido una enorme emoción y cierta ansiedad al abordar esta nave mitológica y desconocida, pero que siempre ha estado presente en nuestra conciencia imaginaria naval.



Confieso que este nombre mítico, cargado de emociones y añoranzas, "Caleuche", excita mi imaginación y me ha impulsado a buscar su verdadero sentido y significado.

En esta tarea, me he dado a una labor esotérica, he perdido el juicio y me he adentrado en un territorio mágico, buscando respuestas a las interrogantes más acuciantes que un hombre pueda concebir. Así, me he preguntado: ¿qué es la realidad?, ¿dónde comienza la ficción?, ¿existe el "Caleuche" ?, ¿es verdad que hoy estamos aquí, tantos camaradas de siempre, a bordo de un sueño?

Para ello, confieso nuevamente, he consultado antiguos navegantes que componen la tripulación de este buque fantasmal: a los brujos, que llegan montados sobre el lomo de caballos marinos, y a los náufragos muertos, que fueron traídos por la "Pincoya", y que una vez en la superficie del "Caleuche" vuelven a la vida, pero a una nueva vida de eterna felicidad. Estos últimos, pertenecen al más allá, aunque a veces obtienen permiso de sus superiores, una vez al año, para visitar a sus familiares en esta tierra, y así poderles llevar consuelo y ayuda económica.

También trate de encontrar, sin éxito ninguno, a "Millalobo", gran Capitán que tiene bajo su mando al "Caleuche", y tiene por misión recorrer los mares del mundo vigilando el estado en que se encuentran los océanos y los seres que en el habitan, castigando severamente a aquellos que atenten contra ellos. Durante su recorrido, el "Caleuche" está autorizado para ayudar a otras naves que se encuentren en apuros, guiándolas a puertos seguros, o remolcándolas a velocidades increíbles. También, su comandante, a quién nadie ha logrado ver, tiene la misión de consignar, para el eterno recuerdo, aquellos hechos maravillosos que a veces tienen lugar en los océanos.

Así, he podido averiguar y concluir, más allá de toda duda razonable, que el "Caleuche" es un buque fantasma, que efectivamente recorre los mares y aparece con relativa frecuencia en los canales chilotes. Navega tanto en la superficie, como en las profundidades del mar, pero jamás durante el día.

En noches tranquilas suele aparecer entre la niebla, bajo la forma de un gran buque velero, hermosamente iluminado. Desde lejos se puede escuchar música y un gran bullicio, como si en su cubierta se produjera una gran y alegre fiesta.



Con la misma velocidad con que aparece, desaparece entre la densa neblina que fluye a su alrededor, sin dejar huella de su impresionante aparición. Si alguien intenta perseguirlo se transforma en una escurridiza foca, o en un tronco de árbol que flota sobre las aguas, o se recuesta en las arenas de alguna playa...

Encontrábame yo en estos devaneos y ensoñaciones, cual Quijote en la lectura de libros de caballerías, al punto que, mientras preparaba estas palabras, pude percibir con absoluta claridad, como si lo estuviera viviendo, la historia que a continuación quisiera contarles:

El día miércoles 21 de mayo de 1879, durante las primeras horas de la madrugada, el "Caleuche" zarpó velozmente desde los fiordos chilotes rumbo al norte, impulsado sólo por una premonición de su Comandante. Cerca de las 5.30 de la madrugada arribó a los 20° de Latitud Sur, levemente al norte de Iquique, a la cuadra de Huará, y desde ahí pudo observar a dos formidables buques peruanos, el "Huáscar" y la "Independencia" que torcían hacia el sur la punta Pichalo, que cierra la bahía de Pisagua, en demanda de la rada de Iquique, donde ya se sabía que se encontraban desamparados los buques chilenos "Esmeralda" y "Covadonga".

A las 6.30 de ese día, cuando el teniente Orella había divisado desde la "Esmeralda", diez o doce millas al norte, los humos de las naves enemigas, el "Caleuche" se encontraba ya situado en medio de una densa neblina, frente a Iquique, contemplando desde el mar hacia la tierra, el anfiteatro de la inminente tragedia.

Desde allí su fantasmagórica tripulación pudo observar el destello del primer cañonazo del "Huáscar" que vino a caer medio a medio entre las dos naves chilenas. Eran las 8.10 de la mañana y el desigual combate había comenzado... No era el primero que el "Caleuche" presenciaba en las aguas del Pacífico Sur, pero algo hacía suponer que éste sería más que un combate, que sería una epopeya inmortal, que no tendría parangón en la historia de los océanos y que, en tal virtud, esta nave eterna debería registrarla para siempre en su bitácora.

Luego, desde la baranda del puente de la "Esmeralda", recorriendo la superficie del mar y abriéndose paso a través de la espuma de la costa resonó, contra los cerros rojizos y escarpados que encerraban el caserío de Iquique, la arenga más sublime, más completa, más honesta y patriótica



que un comandante jamás haya dado a sus huestes... Les dio ánimo y valor y les ordenó morir antes de arriar la bandera frente al enemigo. Pero esta orden extrema, estaba precedida de una condición esencial: todos entendieron que Prat había jurado morir él, primero, antes de manchar el honor de su bandera... Un testigo de aquel momento dice: "En el timbre de la voz con que pronunció su arenga se advertía perfectamente la tranquilidad con que había tomado su resolución. Su aire arrogante, su voz entera, y su rostro estaba más bien encendido que pálido."

Luego, el desigual combate, donde la fusilería y los cañones desde las naves enemigas y desde tierra pintaron una visión infernal, que aterró incluso a los más avezados tripulantes de la nave mítica, quienes, no obstante, pudieron observar las ágiles evoluciones de la "Covadonga" hacia el sur, perseguida por la "Independencia" y le auguraron la estupenda victoria que obtendría en Punta Gruesa.

El "Caleuche" arriesgaba desaparecer junto a la niebla que se disipaba con la tibieza del mediodía, cuando escucharon el estruendo del primer espolonazo y el grito de abordaje del Comandante Prat, y pudieron ver nítidamente la estoica figura del héroe, seguido del Sargento Aldea y del soldado Canabes, poner el pie sobre la nave enemiga, desenvainar la espada y dirigirse resueltamente hacia la torre de combate, donde un certero tiro en su frente inmaculada le arrebató casi instantáneamente la vida...

Finalmente, después de una larga y valerosa agonía, a las 12.10 llegaba la hora postrera y la vieja mancarrona se hundía para siempre en su tumba de sal con la bandera tricolor y su estrella solitaria al tope del palo mesana.

En esos momentos, en ese silencio sobrecogedor, sobre la cubierta de la nave mágica, aún envuelta en la neblina que la hacía invisible a los ojos de los mortales, formaban en respetuoso silencio todos los soldados de Chile y todos los marinos de ayer, de hoy y de siempre, que veneraremos sagradamente el sacrificio sin par de nuestro comandante por su bandera, sin que el paso de los siglos, ni los signos de los tiempos, puedan derogar su arenga inmortal:

"nuestra bandera no se ha arriado nunca ante el enemigo..."

Terminados estos trágicos hechos, nuestro "Caleuche" deambuló fantasmagóricamente casi diez años por las aguas de Iquique y no retornó



al sur sino hasta 1888, cuando escoltando al monitor "Huáscar", ya para siempre chileno, transportó los ataúdes de los marinos de la "Esmeralda" hasta Valparaíso, donde fueron desembarcados en la Estación Barón, transitaron por la actual Avenida Argentina hasta la calle Victoria y desde allí por la actual calle Condell hasta la Plaza Sotomayor, donde recibieron sepultura como los máximos héroes navales de la historia de Chile, para honra eterna de la Patria y su Marina.

Estimados amigos, camaradas de armas, oficiales superiores en retiro de nuestras Fuerzas Armadas, tripulantes del mágico "Caleuche": quisiera agradecer vuestra amable invitación a celebrar este magnífico homenaje, e instarlos en este día glorioso, a renovar nuestro compromiso con el comandante Prat y su dotación inmortal y comprometernos bajo la bandera de la Patria con los valores permanentes de nuestra Armada de Chile.

Y para terminar estas palabras, les pido la venia para recordar una estrofa de la bella poesía "Al pie de la Bandera" del autor Víctor Domingo Silva, poeta chileno nacido en la humilde Caleta de Tongoy en 1882:

"Yo sé bien lo que se siente cuando, a solas,
desde un barco, mar afuera, entre las olas,
se percibe la silueta de un peñón
y sobre él, a todo viento, la bandera,
la bandera que saluda cariñosa,
la bandera que es la madre, que es la esposa,
el hogar, la Patria entera,
que va oculta en nuestro propio corazón!

Muchas gracias.